



LA DOLCE VITA

POR FERNANDO R. LAFUENTE



EL RETRATO DE UNA ÉPOCA

Julian Barnes explora, a medio camino entre el ensayo y la biografía, la singular figura de Samuel Jean Pozzi, a partir de un retrato de John Singer Sargent

Hubo un tiempo en el que la elegancia, la perversión, la búsqueda de la belleza, el anhelo de paraísos artificiales, y el placer respondían a un supuesto ideal estético. La amenaza del reguero de avances científicos, tecnológicos trazó una frontera entre ambos mundos. Una frontera en la que por un lado se exhibía la belleza como anhelo máximo y exclusivo y, por otro, la fogosidad del progreso material, lo útil y lo práctico, la apoteosis de la industrialización. Roger Shattuck denominó a esos impetuosos años como 'La época de los banquetes' (Antonio Machado, Libros, 1991) que marcaron los ejes de la creación literaria, artística, musical y los usos y costumbres de unas gentes, brillantes, ingeniosas.



Samuel Jean Pozzi retratado por John Singer Sargent (1881)

'BELLE ÉPOQUE': Raros, exquisitos, bohemios, aristócratas vivieron con pasión la 'Belle Époque'. Todo terminaría con el estallido, de la I Guerra Mundial. Julian Barnes (Leicester, 1946) deriva toda la historia a partir de un cuadro de John Singer Sargent, 'El doctor Samuel Jean Pozzi en casa', en un ensayo histórico, que es también una singular biografía, un retrato sublime de época, bajo el título de 'El hombre de la bata roja' (Anagrama). El retrato lo convierte Barnes en la recreación de un mapa político, cultural, social, sin duda, deslumbrante. Porque como Sarah Berndhardt afirmó: «la leyenda prevalece a pesar de la historia». Barnes le ha dado la vuelta y ha escrito la historia sobre la leyenda. Tres son los vértices que vertebran la narración: Pozzi, plebeyo de apellido italiano; Edmond de Polig-

nac, príncipe y el conde Robert de Montesquiou-Fézensac. A partir de ellos y un viaje juntos a Londres en 1885, Barnes tira del 'hilo invisible' chestertoniano para mostrar, con una apabullante documentación y con una prosa adictiva y el punto condescendentemente irónico de la narrativa contemporánea británica, un centón de personajes a cual más extravagante, distinguido, singular, de Oscar Wilde a Proust, de Baudelaire a Henry James, de Ruskin a Huysmans, de Lorrain (qué personaje) a Brummell, Flaubert. Sí, una fiesta de sentido y sensibilidad. Y un final inesperado para el protagonista. Y una advertencia, atribuida a Wilde, vaya uno a saber, pero demoledor: la diferencia entre un dandy un esnob. Este mataría para que le invitaran a una fiesta, el

primero para que le echaran de ella. Así eran y así lo ha contado, demole-doramente brillante, Julian Barnes.

LHARDY. De haber visitado Madrid por aquellos años alguno de los protagonistas, es seguro qué restaurante habrían frecuentado: Lhardy, en la Carrera de San Jerónimo. Es desde 1839, como bien lo ha definido Carlos Maribona, «historia viva». Y tanto. Ahí sigue, ahora recuperado por Pescaderías Coruñesas. Las imprescindibles croquetas, las barquetas de riñones, de ensaladilla, los callos, el samovar de plata del consomé, en la entrada, como tapas, además del cocido, en los distinguidos salones del piso de arriba. Tapas y platos. Al menos, algo, además de las obras, queda de todo aquello. Menos mal. ■

l
l
l
l
:
l
c
l
c
l
c
l
l
c
l
l